



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

Robert Darnton

Un Himno al Papel

Pasado, Presente y Futuro del Libro

Ediciones  UACH

Colección Austral Universitaria de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades

Traducción de Roger García Lenberg

Esta primera edición en Chile en 500 ejemplares de

UN HIMNO AL PAPEL
Pasado, Presente y Futuro del Libro
de Robert Darnton

se terminó de imprimir en junio de 2023
en los talleres de Andros Impresores

☎ (56-2) 25 556 282
www.androsimpresores.cl
para Ediciones Universidad Austral de Chile

☎ (56-63) 2 444338
www.edicionesuach.cl
Valdivia, Chile.

Dirección editorial
Yanko González Cangas

Cuidado de la edición
César Altermatt Venegas

Diseño y maquetación
Silvia Valdés Fuentes

Todos los derechos reservados.
Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos,
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Robert Darnton, 2009
© De la traducción: Roger García Lenberg, 2010
© Universidad Austral de Chile, 2023

Esta edición se ha publicado por acuerdo con PublicAffairs, un sello de Perseus Books, LLC, una filial de Hachette Book Group, Inc, Nueva York, Nueva York, Estados Unidos. Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-956-390-230-3
300 - Ciencias Sociales / NHTB - Historia social y cultural

Ediciones precedentes
Madrid: Trama Ediciones, 2010, con el título *Las razones del libro*

*El criterio de los editores
determina lo que llegará a los lectores,
y los lectores dependen de ese criterio
más que nunca.*

Contenido

Prefacio a la presente edición 11

Introducción 15

PRIMERA PARTE

El futuro 25

- Google y el futuro de los libros 27
- El panorama de la información 43
- El futuro de las bibliotecas 63
- Objetos perdidos en el ciberespacio 77

SEGUNDA PARTE

El presente 83

- El libro electrónico y el libro tradicional 85
- «Gutenberg-e» 95
- Acceso libre 117

TERCERA PARTE

El pasado 121

- Un himno al papel 123
- La importancia de la bibliografía 143
- Los misterios de la lectura 159
- ¿Cuál es la historia de los libros? 179

Prefacio a la presente edición¹

Estoy encantado de que *Un himno al papel* —aparecido originalmente en inglés como *The Case for Books*— esté disponible para los lectores chilenos, y espero que lo encuentren estimulante. El tema podría parecer ensimismado: un libro sobre libros. Pero lo creo relevante, pues como dijo Voltaire: «Todo el universo conocido está gobernado únicamente por libros». ¿Tenía razón Voltaire? Su punto de vista puede parecer arcaico, ya que cualquiera en un autobús o en un metro verá a mucha más gente revisando teléfonos celulares que pasando las páginas de un volumen. Además, han pasado muchas cosas desde 2009, cuando este libro se publicó por primera vez.

Dos años antes, en 2007, yo estaba preocupado por los primeros resultados de la revolución digital, tanto positivos como negativos. Ese año fui nombrado director de la Biblioteca de la Universidad de Harvard e inmediatamente me deslumbró la ambición de Google de digitalizar todos los libros del mundo. Pronto me di cuenta también de que Google quería convertir su colección digital —incluyendo una gran cantidad de libros de Harvard— en un negocio, cobrando por el acceso a los libros que las bibliotecas de investigación habían puesto a disposición de Google de forma gratuita. De hecho, *Google Book Search*, como

.....
 1 Traducción de Yanko González Cangas.

se llamaba el proyecto, amenazaba con convertirse en un nuevo tipo de monopolio, un monopolio del acceso al conocimiento en forma digital. Los primeros ensayos de este libro pertenecen a una campaña para detener a Google. Dicha campaña tuvo un final feliz, porque un tribunal federal decidió finalmente que Google había violado las leyes antimonopolio, por lo que el proyecto *Google Book Search* quedó muerto.

En el lado positivo, Google abrió la posibilidad de que todos los libros de dominio público quedasen disponibles de forma gratuita para todo el mundo. En 2010, en Harvard, convoqué a una reunión de directores de bibliotecas, líderes de fundaciones y científicos informáticos para desarrollar un programa que integrara todas las existencias digitales de las bibliotecas de los Estados Unidos en un solo sistema, y el 18 de abril de 2013 lanzamos la «Biblioteca Pública Digital de América». Hoy en día, esta plataforma pone a disposición treinta millones de libros para lectores de todo el mundo. Otras organizaciones como *Internet Archive* y *Hathi Trust* están comprometidas con el mismo objetivo, que responde a un movimiento mayor: el Acceso Abierto. En esta dirección, otros ensayos en este libro discuten el intento de democratizar el acceso a la cultura y protegerla de las fuerzas antagónicas de la comercialización.

El movimiento de Acceso Abierto expresó parte del entusiasmo provocado por la creación de Internet y la *World Wide Web* a finales del siglo pasado. Ahora, que estamos inmersos en el siglo XXI, esa visión optimista parece utópica, y nos enfrentamos a nuevos peligros que amenazan la democracia en lugar de fortalecerla y empoderarla. Los teléfonos celulares y las redes sociales han reforzado el atractivo político de la extrema derecha. Difunden información falsa, socavan la confianza de los procesos democráticos y ponen en duda la noción misma de verdad. La digitalización ha producido un «efecto silo», es decir, el repliegue de grupos descontentos para conformar redes aisladas donde la información digitalizada se manipula para confirmar prejuicios en lugar de desafiarlos.

Ante esta amenaza, la fe de Voltaire en el poder de los libros puede parecer ingenua. Sin embargo, Voltaire sabía muy bien cómo manipular los medios de comunicación de su época: no solo los libros, sino también los chismes, las redes de correspondencia, los panfletos, las revistas y

las gacetas clandestinas. Para él, los libros representaban la influencia a largo plazo de las ideas, la marcha de la propia civilización, lo que, finalmente, acabaría superando los prejuicios y la intolerancia.

Sé que esto también puede parecer demasiado optimista. No obstante, el libro, el códice desarrollado hace dos mil años y la versión impresa del mismo producida por Gutenberg, está resistiendo muy bien. A pesar de las profecías fatalistas —«El libro está muerto», «Las bibliotecas son obsoletas»—, cada año se producen más libros impresos en los Estados Unidos en relación con el año precedente. Los editores obtienen ganancias y las bibliotecas están llenas de lectores. Los libros electrónicos también han florecido, pero no han desplazado al códice impreso. Por el contrario, los modos de comunicación electrónica e impresa se han complementado y robustecido mutuamente.

La historia de los libros, un campo de estudio que discuto en este volumen, ha demostrado que un medio no desplaza a otro. Por el contrario, las nuevas tecnologías echan raíces junto a las antiguas, y todo el entorno se vuelve más rico y diverso. Por ello, en lugar de sembrar la desesperanza, este libro sobre libros busca transformarse en un testimonio y argumento para el optimismo. No una fe ingenua en el futuro, sino una visión compleja e históricamente fundamentada de la cultura y la comunicación que me complace presentar a las y los lectores de Chile —especialmente de Ediciones UCh— con la esperanza de que la encuentren gravitante para sus propias preocupaciones.

Robert Darnton

Cambridge, Massachusetts, invierno de 2023.

Introducción

Este es un libro sobre los libros y una descarada apología del pasado, presente y futuro de la letra impresa. Su objetivo principal es plantear un debate sobre el lugar que deben ocupar los libros en el entorno digital, un entorno que hoy en día es ya una realidad con notable repercusión en la vida de millones de personas. No es en absoluto mi intención hacer una condena de los medios de comunicación digitales. Más bien me propongo explorar las posibilidades de convertirlos en aliados del inmenso poder que liberó Johannes Gutenberg hace algo más de cinco siglos. ¿Qué tienen en común los libros tradicionales y los libros electrónicos? ¿Qué ventajas comparten las bibliotecas e Internet? Puede que en un plano abstracto estas preguntas parezcan carentes de sentido, pero inciden de manera muy real en las decisiones que toman cada día los agentes que actúan en la industria de las comunicaciones: gestores de páginas web, ingenieros informáticos, gestores financieros, abogados, editores, librerías, e infinidad de lectores.

Partiendo de mi modesta experiencia personal, quiero ofrecer este libro por si pudiera resultar de utilidad a quien necesite orientarse en el mundo de la información. Mi propio camino me condujo por muchos territorios que desconocía. Tras una breve experiencia como periodista —trabajé sobre todo para la sección de sucesos del *Newark Star Ledger* y del *New York Times*—, me convertí en profesor universitario. Me pasaba

la mayor parte del tiempo en el siglo XVIII, estudiando lo que acabaría denominándose Historia de los libros. Mis investigaciones sobre la actividad editorial en la época de la Ilustración me brindaron la oportunidad de observar el trabajo de los editores en el mundo moderno durante los cuatro años que pertencí al consejo editorial de Princeton University Press y durante los quince años que fui administrador de la Oxford University Press en EE. UU. Las oficinas centrales de la OUP en la Av. Madison me permitieron familiarizarme con las vertientes comercial y académica de la actividad editorial. El verano que pasé como becario en la cadena CBS me abrió una nueva perspectiva desde lo alto de la oficina situada en la Sexta Avenida. Cuando fui nombrado miembro de la junta directiva de la Biblioteca Pública de Nueva York, regresé al corazón del «país de los libros» situado entre la Quinta Avenida y la calle 42. Por aquel entonces, yo editaba libros muy cerca de allí, en la editorial W.W. Norton, y artículos en la *New York Review of Books*, al otro lado de la ciudad, en el cruce de Broadway con la calle 57. Ni planificándolo con antelación hubiera logrado recorrer un itinerario más revelador por el mundo contemporáneo de los libros. Pero todo fue fruto de la improvisación y de la buena suerte, según fueron surgiendo las oportunidades.

En el camino, colaboré en el lanzamiento de dos proyectos editoriales de mi propia cosecha: la *Electronic Enlightenment*, una base de datos digital elaborada a partir de la correspondencia de Voltaire, Rousseau, Franklin y Jefferson (y que actualmente comercializa la Fundación Voltaire de Oxford a través de suscripciones y cuyo contenido difiere ligeramente de mi idea original) y las *Gutenberg-e*, una serie de monografías digitales basadas en tesis doctorales de Historia premiadas a lo largo del tiempo (también comercializadas a través de suscripciones por la editorial Columbia University Press). Ambos proyectos fueron financiados por la Fundación Andrew W. Mellon y me sirvieron para aprender que los planes de negocio son algo muy importante y que se puede promover el bien común también desde el sector privado.

Finalmente, decidí escribir un exhaustivo libro electrónico sobre la edición y la comercialización de libros en la Europa del siglo XVIII. Pero antes de que tuviera preparada mi página web, recibí una inesperada llamada telefónica del rector de la Universidad de Harvard preguntándome

si me gustaría optar al puesto de director de la biblioteca. No dudé mucho antes de responder que sí. Se me ofrecía la oportunidad de participar activamente en asuntos que había estado estudiando como fenómenos históricos. En principio, el puesto no implicaba una gran carga de trabajo administrativo. Al contrario, se esperaba que continuara en la Universidad con mi labor docente y de investigación, y que confiara la gestión de las bibliotecas (cuyo número estimado oscila entre 40 y 104, según se defina el término) a los bibliotecarios en jefe, que gozan de gran prestigio profesional. Pero cuando tomé posesión de mi cargo en julio de 2007, me enteré de que Harvard mantenía en secreto conversaciones con Google sobre un proyecto que me cortó la respiración. Google planeaba la digitalización de millones de libros, comenzando por los que tenían Harvard y otras tres bibliotecas universitarias. Estas copias digitales serían comercializadas a partir de una base de datos que se convertiría en la mayor biblioteca del mundo, mucho mayor que ninguna otra imaginada desde los tiempos de la Biblioteca de Alejandría.

Google Book Search, nombre por el que se conoce este proyecto, surgió a partir del intento de llegar a un acuerdo extrajudicial tras la demanda presentada contra Google en septiembre y octubre de 2005 por un grupo de autores y editores que argumentaban que Google, al digitalizar libros pertenecientes a las bibliotecas y publicar extractos de los mismos en la Red, infringía los derechos de autor. Harvard no estaba involucrada en la demanda, pero tenía que ser informada de las negociaciones para llegar a un acuerdo, porque el proyecto de Google nunca conseguiría despegar sin la colaboración de las bibliotecas que suministrasen los libros para su digitalización. Pasé gran parte de mis primeros dos años en Harvard reuniéndome con abogados y luchando por comprender las implicaciones del acuerdo conforme éste se iba perfilando. Todo el asunto debía permanecer en secreto, debido a acuerdos de no revelación de información, hasta que el acuerdo se hizo público el 28 de octubre de 2008. Para entonces, había aprendido mucho sobre litigios corporativos y sobre el extraño mundo de Google, en el que jóvenes ingenieros sentados sobre unos balones de goma hinchables soñaban con algoritmos que sirvieran para organizar la búsqueda de todas las cosas. (Durante una visita a las oficinas de Google pedí a un empleado

que me describiera la organización jerárquica de la empresa. «Es muy sencillo», —me respondió, «primero están los ingenieros, luego los abogados y después los cocineros».)

Impresionado como estaba ante la idea de esta megabiblioteca digital, me producía cierta inquietud pensar que la colección de libros de Harvard, construida con tanto esfuerzo desde el año 1638, pudiera convertirse en objeto de especulación comercial. Nada tenía que objetar al proyecto de Google de poner gratuitamente a disposición de los interesados vía Internet libros que son de dominio público, es decir, libros exentos de derechos de autor. Pero la intención última de Google era vender suscripciones a una base de datos digitalizada de libros protegidos por derechos de autor y compartir los ingresos con aquellos que habían demandado a la empresa. Cuanto más averiguaba sobre Google, más me daba la impresión de que esta empresa actuaba como si fuera un monopolista con la manifiesta intención de conquistar los mercados, antes que como un aliado natural de las bibliotecas, cuya auténtica razón de ser es la conservación y difusión del conocimiento. En dos artículos publicados en la *New York Review of Books* y que aquí se reproducen, intenté explicar las implicaciones que se derivaban del proyecto *Google Book Search*. Desde entonces se ha venido desarrollando un intenso debate público sobre este asunto. Dicho debate continúa abierto mientras escribo estas líneas a la espera de conocer la suerte del acuerdo alcanzado por Google con autores y editores, que dependerá del fallo de un tribunal que inicia sus deliberaciones a fines de 2009.

El otro asunto que me tuvo intensamente ocupado durante mis dos primeros años en Harvard fue la versión local de un amplio movimiento conocido como «libre acceso» (*open access*). En colaboración con Stuart Schieber, un experto en informática consagrado a esta causa y con el apoyo del rector de Harvard, Steven Hyman, defendí ante la Facultad de Artes y Ciencias la propuesta de que todos los artículos científicos escritos por miembros de la facultad estuvieran disponibles *on-line* de forma gratuita. La moción fue aprobada por unanimidad el 12 de febrero de 2008. Desde entonces, se han aprobado mociones similares en la Facultad de Derecho, la Kennedy School of Government y la Facultad de Educación. Es de esperar que las demás facultades de Harvard pronto

se unan a esta iniciativa, de manera que el «modelo Harvard» de libre acceso es ahora objeto de un amplio debate en el mundo académico. Lo que distingue este modelo de otros similares es su carácter obligatorio. Al personal docente se le exige que ceda a Harvard una licencia no exclusiva que permite el libre acceso a su producción académica desde un fondo documental que la biblioteca administra desde la Oficina de Comunicación Académica (Office for Scholarly Communication). El personal docente puede solicitar una dispensa, que se concede automáticamente, pero en principio todos están obligados a facilitar el acceso a los resultados de sus investigaciones a cualquiera que disponga de acceso a Internet.

El principio de accesibilidad subyace a varios de los proyectos que se presentan en este libro. No espero que los lectores tengan un interés especial por lo que ocurre en Harvard, pero es cierto que la biblioteca de Harvard es un lugar ideal para tratar los problemas del ámbito de la investigación y la enseñanza en cualquier parte del planeta, como son: la obligación de pagar precios exorbitados por las publicaciones periódicas, cómo conservar los textos que han «nacido» digitales, defender el respeto a los derechos de autor cuando damos material a los estudiantes, o la inclusión de páginas web y correos electrónicos como material a archivar para investigaciones futuras. También existen problemas de índole práctico: ¿cómo seguir adquiriendo libros impresos sin dejar de estar al día en las publicaciones digitales? ¿Cómo desarrollar un nuevo modelo de negocio que sustraiga las publicaciones académicas del afán especulador de los editores? ¿Cómo legitimar monografías digitales a los ojos de los conservadores que piensan que el único libro auténtico es el libro impreso? Estas preguntas se refieren todas al futuro de la comunicación. Espero que sean de interés para un amplio espectro de lectores, aunque yo las aborde tal como se me plantearon en mi rincón de un campus universitario.

Pienso que todo intento de mirar al futuro mientras se afrontan los problemas del presente debe partir del análisis del pasado. Por ello he dividido esta colección de ensayos en tres partes, retrocediendo desde la especulación sobre cómo será el mundo de los libros dentro de cinco o diez años hasta reflexiones sobre antiguas eras de la información, que

disponían de sus propios sistemas de comunicación, pasando por la polémica en torno a los problemas actuales. No era mi intención que estos ensayos encajaran en una estructura predefinida. Fueron escritos conforme lo iban exigiendo las circunstancias y disparados, a bulto, contra dianas móviles. Cambiando de metáfora, diría que un ensayo sirve para analizar un tema concreto a fondo, como hacen los expertos en metalurgia cuando perforan un material para conocer su composición. Para este propósito resultan especialmente útiles los ensayos escritos a partir de reseñas de libros. La última parte de este libro contiene tres reseñas de este tipo que escribí para analizar diferentes aspectos de la historia de los libros: el papel —el material básico de la literatura desde el siglo XV al XXI—, la bibliografía —la principal herramienta para tomar la medida a un texto— y la lectura —el elemento fundamental y más misterioso del proceso de comunicación. La comunicación como tal —el concepto de pasos interrelacionados en el proceso de producción y consumo de libros— se aborda en el último capítulo, que intenta describir la historia de los libros en general e ilustrar los métodos utilizados a partir de la investigación en archivos. Creo que la historia de los libros es una de las ramas más importantes de las ciencias sociales. ¿Será que el éxito de este tipo de investigaciones expresa la fascinación por un mundo que hemos perdido, ahora que Internet hace que las prensas parezcan objetos arcaicos?

Quizá, pero un estudio de los libros no tiene por qué limitarse a una única tecnología. Al retroceder dentro de la dimensión histórica del tema, espero ayudar al lector a formarse una visión a largo plazo de los problemas actuales. A pesar de que, en mi opinión, el análisis histórico no ofrece lecciones que se puedan aplicar directamente a las circunstancias actuales, la inmersión en el pasado puede aportar una perspectiva útil sobre los acontecimientos presentes y futuros. Hoy en día, la gente siente cómo el suelo bajo sus pies se inclina hacia una nueva era que estará marcada por las innovaciones tecnológicas. Podemos observar un cambio en las pautas de comportamiento. La generación «nacida en la era digital» está «siempre conectada», hablando por el teléfono móvil, enviando mensajes o creando redes dentro de realidades auténticas o virtuales. Los jóvenes con los que nos cruzamos en la calle

o que se sientan a nuestro lado en el autobús, al mismo tiempo están y no están. Mueven los hombros y los pies al ritmo de una música que solo ellos escuchan en el interior del caparazón de sus dispositivos electrónicos. Parecen estar en otra onda que los mayores, que conectaron con el mundo de las máquinas desde una zona diferente del subconsciente. La generación de los mayores aprendió a ajustar el dial girando un botón, los jóvenes pulsando una palanca con el pulgar. La diferencia entre girar y pulsar puede parecer trivial, pero se deriva de reflejos situados en la profundidad de la memoria cinética. Nos orientamos, encontramos nuestro camino en el mundo que nos rodea mediante una configuración sensorial que los alemanes denominan *Fingerspitzengefühl*, «sensibilidad en las yemas de los dedos». Si a nosotros nos enseñaron a dirigir un lápiz con el índice, basta con observar cómo los jóvenes utilizan sus pulgares en los teléfonos móviles para darse cuenta de la manera en que la tecnología marca a la nueva generación en cuerpo y alma.

¿Significa esto que un cambio en el *Fingerspitzengefühl* hará que los lectores dejen de hojear los libros? Parece que las máquinas de lectura han conquistado un lugar en el mundo de la información, pero la máquina más antigua de todas, el códice, sigue dominando el mercado de la lectura. De hecho, su cuota de mercado crece. Según Bowker's Global Books in Print, en 1998 se publicaron en el mundo 700.000 nuevos títulos, 859.000 en 2003 y 976.000 en 2007. A pesar de la actual crisis económica, pronto se publicarán al año un millón de títulos.

La fuerza duradera que demuestra tener el códice ilustra un principio general de la historia de las comunicaciones: un medio no desplaza a otro, al menos en el corto plazo. La publicación de manuscritos siguió floreciendo mucho tiempo después de que Gutenberg inventara la imprenta, los periódicos no eliminaron a los libros, la radio no sustituyó a los periódicos, la televisión no acabó con la radio e Internet no ha hecho que los telespectadores den la espalda a sus televisores. ¿Quiere esto decir que los cambios tecnológicos demuestran que la continuidad prevalece frente a la proliferación de nuevos inventos?

No. La explosiva expansión de los medios de comunicación electrónicos es tan revolucionaria como lo fue la invención de la imprenta con tipos móviles y nos cuesta asimilarlo tanto como les costó a los

lectores del siglo xv, cuando se vieron confrontados con los primeros textos impresos. Veamos a modo de ejemplo una carta escrita en 1471, menos de veinte años después de que Gutenberg inventara la imprenta, por Niccolò Perotti, un italiano erudito en la literatura clásica, a Francesco Guarnerio:

Estimado Francesco, últimamente no he cesado de alabar la época en la que vivimos debido al gran, incluso divino regalo que ha supuesto la nueva forma de escritura que recientemente nos ha llegado de Alemania. De hecho, he visto cómo un solo hombre imprimía en un mes lo que varias personas necesitarían años en escribir a mano... Esto me hizo concebir la esperanza de que dentro de poco tiempo dispondríamos de tal cantidad de libros que no existiría una sola obra que no pudiéramos conseguir por falta de medios o escasez de ejemplares... Pero ahora me doy cuenta —¡ay de mis pensamientos errados y tan humanos!— de que las cosas han evolucionado de forma muy diferente a lo que imaginé. Porque ahora que todos son libres de imprimir lo que les venga en gana, con frecuencia se desprecia lo que tiene más valor y en su lugar se escribe, con el solo afán de entretener, lo que sería mejor olvidar o incluso borrar de los libros. Y cuando escriben algo que vale la pena, lo tergiversan y lo corrompen hasta el punto de que sería preferible que esos libros no existieran, antes que tener miles de ejemplares difundiendo falsedades por el mundo entero.

Las palabras de Perotti suenan parecido a lo que expresan algunos críticos del *Google Book Search*, incluido yo mismo, que lamentan las imperfecciones del texto y las inexactitudes bibliográficas de esta «nueva forma de escribir» que nos llega por Internet. Nos encontramos en una época de transición en la que coexisten medios de comunicación impresos y digitales. Las novedades tecnológicas quedan rápidamente anticuadas. Estamos asistiendo ya a la desaparición de objetos que nos son familiares: las máquinas de escribir, que ya solo encontramos en tiendas de antigüedades; las postales, convertidas en una curiosidad; las cartas escritas a mano, que superan las capacidades de muchos jóvenes que ya no saben escribir en letra cursiva; los diarios, que han desaparecido de muchas ciudades; la librería del barrio, que ha dejado paso a las librerías pertenecientes a cadenas, que a su vez se sienten amenazadas por distribuidores que utilizan Internet, como Amazon. ¿Y las bibliotecas?

Pueden parecer las instituciones más arcaicas de todas. Sin embargo, su pasado supone un buen presagio para su futuro, porque las bibliotecas

nunca fueron almacenes de libros. Siempre fueron y siempre serán centros de aprendizaje. La posición fundamental que ocupan en el mundo del aprendizaje hace que estén perfectamente preparadas para mediar entre los medios de comunicación impresos y digitales. También los libros pueden acomodarse a ambos. Ya estén impresos en papel o almacenados en un servidor, son portadores del conocimiento y su autoridad se deriva de mucho más que de la tecnología que los produjo. Parte de su autoridad se la deben a los autores, aunque el respeto que suscitan sea muy anterior al culto al autor, que se desarrolló en el siglo XVIII. Los historiadores insisten en que los autores escriben textos, pero los libros los hacen los profesionales del libro y estos desempeñan funciones que van mucho más allá de la fabricación y difusión del producto. Los editores son los guardianes que controlan el flujo del conocimiento. De la variedad infinita de temas susceptibles de ser publicados, ellos seleccionan lo que piensan que se venderá o debiera venderse, de acuerdo con su calificación profesional o sus convicciones personales. El criterio de los editores, formado por una larga experiencia en el mercado de las ideas, determina lo que llegará a los lectores y los lectores dependen de este criterio más que nunca en esta época caracterizada por el exceso de oferta de información. Al seleccionar los textos, al editarlos, al darles forma para hacerlos legibles y al llamar la atención de los lectores sobre ellos, los profesionales del libro proveen servicios que perdurarán frente a cualquier cambio tecnológico.

Por lo tanto, tengo el placer de ofrecer estos ensayos en formato de código como palabras impresas y me congratulo que mi editor norteamericano, PublicAffairs, los publicará a su vez en Internet y en forma de grabaciones de audio. La mayoría de los ensayos fueron publicados en la *New York Review of Books*, cuyo editor, Robert Silvers, lleva corrigiendo mi prosa y dando forma a mis pensamientos desde hace casi cuarenta años. Quiero expresarle mi gratitud a él y también a Peter Osmos y a Clive Priddle de PublicAffairs por su asesoramiento, que ha sido fundamental para que esta colección de ensayos acabara convirtiéndose en un libro.